

ALUCINACION!

¡Quién no ha estado alguna vez en una iglesia al anochecer ó ya de noche cuando la blanca, la monotonía claridad del día no se mezcla á la de mil luces, rojizas, picantes, inquietas, vibrantes, que se mueven y brillan como un incendio y esparcen un calor que embriaga!

¿Quién entonces, alguna vez, no se ha sumergido en la soledad de la muchedumbre? Y ¡ay! cuánta soledad, en aquel profundo silencio; cuánta soledad y aislamiento en todas aquellas cabezas inclinadas, cada cual solitaria, en aquel millar de bocas que dirigen al mismo Dios, el mismo ruego; silenciosa, misteriosamente porque él oye las palabras que no se pronuncian con tanta claridad como ve los pensamientos! ¡Cómo se eleva el alma y se lanza religiosa, convencida, pia, llena de fe y sin pasiones en un cielo que no se ve, pero que se comprende en aquellos momentos de éstasis, aunque luego se borre de la memoria!

¡Cómo se eleva y se ve el corazón puro, vago, rápido como la paloma de la escritura, fiel, ardiente como la columna del desierto!

Pero alguna vez también, el pensamiento baja á la tierra, y por una caprichosa cuanto inexplicable mezcla de sus pensamientos y de su esencia divina y de su naturaleza humana, conserva algo del entusiasmo del aura del templo sin olvidar su cuna del lodo. Y da matices indefinibles de colores místicos y celestiales á sus ideas terrestres. Vaga entonces á una región intermedia que une algo de una y otra esencia. Suele pasar á el amor divino con todas las formas de la vida perecedera, y á el amor terrestre, puro, casi celestial, con toda la metafísica de la vida eterna. Ve una compañera como un ángel del cielo, esbelto, diáfano, hijo del mas puro perfume de la palabra de Dios, hijo de la mente del Altísimo! y ve un ángel, como una virgen modesto, puro, inmaculado, de formas armónicas, de semblante modesto y virginal, aura de rosas, vapor fragante!

Yo también he sentido estas impalpables ráfagas de sentimiento, esta doble armonía del alma no hace muchos días.

Inmóvil, apoyado sobre un pilar del templo, repasaba en mi mente, escuchaba en mi oído ciertas palabras que me decía el cielo. Yo las he oído claramente, y aunque ya las he olvidado, recuerdo que había una vida entera en cada una de ellas, un misterio, una profecía. La menor hubiera bastado á conmover un imperio, el mundo mismo sobre su eje invisible y afianzado. ¡Qué de secretos! ¡qué de poesía! ¡qué de misterios revelados en cada una de aquellas palabras! La sola memoria de que las comprendí entonces me hace temblar y me asusta como la de un terremoto. Yo las escuchaba atentamente; mis ojos fijos, inmóviles, mi vista perdida en aquel mar de cabezas orando, no veía, no sentía; el espíritu estaba lejos

y había dejado al cuerpo solo y abandonado como un cadáver. Mi chispa celeste, el germen de otro mundo, había ya casi roto el hilo que la encadenaba.... cuando un lazo invisible, un solo movimiento pronto como un relámpago me bajó á la tierra desde mi quinto cielo. El solo dispuso todas las visiones que pasaban delante de mis ojos: hizo callar la voz celestial que me hablaba al oído: aquel movimiento fué para mis ojos paralizados, como una noche oscura. Me deslumbró, me arrastró la vista y se la llevó consigo, atrayendo en pos á mi espíritu que tan lejos vagaba. Volví á la tierra y volví á ser hombre. ¡Yo que ya había puesto un pié en el cielo!

Este movimiento que no puedo maldecir, fué el de una cabeza que se volvió un solo instante en medio de aquel mar de otras. Una cabeza de muger, con apariencias de ángel; una cabeza de Rafael, de Murillo, de Correggio: llena de poesía, de bello ideal, de genio! una de aquellas cabezas que se aparecen alguna vez en sueños y en medio de nubes de color de fuego. ¡Ah! qué hermosa, qué linda cabeza! exclamé yo enagenado. — ¿Cuál? preguntó un jóven con lente y muy amigo mio que se había puesto á mi lado.

Yo no respondí; voló el templo, deseché la oración y no vi mas sino aquella cabeza. Todo mi ser se acogió á no sé qué órganos nuevos que participaban de vista y memoria, y se esforzaban en pintarme lo que había entrevisto un momento! ¡ay! se había vuelto un solo instante: fué una exhalación. Ya entonces oraba sumergida en la misa, y no se volvía á mi lado.

Pero mis ojos estaban como elevados y procuraban ir mas allá de aquella mantilla y de los rizos que se transparentaban por el encage y que se recortaban negros sobre el fondo brillante del altar.

¡Cuán largos fueron los instantes en que su segundo movimiento me enseñó de nuevo aquel perfil divino!

— ¿Cuál? volvió á preguntar mi amigo.

— Mira, le respondí, no se ha vuelto mas que un solo instante, no ha podido verme; ni me hubiera reparado en medio de tantos, en este rincón, á la sombra de esta columna, y sin embargo parece que me ha visto. ¿Qué sentido le habrá dicho que hay uno aquí que ya le ha mirado, qué repasa y devora en la memoria las gracias que ha entrevisto? — ¡Bah! dijo mi amigo limpiando el lente con su guante de castor. Y yo seguí mezclando mis pensamientos metafísicos del templo con los débilmente teñidos de terrestres.

— Este segundo movimiento, créeme, fué una consecuencia natural y aun necesaria del primero. — El primero, ciertamente, fué casual. Pero ahora hay algo en el ser que la dice hay uno que la mira y desee verla. ¿No ves como arregla los rizos? ¿No ves esos movimientos graciosos de su mano, semi-naturales, semi-

estudiados, y esos matices imperceptibles de todos ellos, que no habia antes, y que son porque reconoce que la miran y la observan?

— ¡Qué locura! dijo, dejando caer desde la altura de sus ojos, el lente que se sostenia por un artistico estudio en las cavidades del hueso oculoar, y que así precipitado quedó oscilando pendiente de un grueso cordon de pelo rubio.

— ¡Locura! ¡sí, es verdad, tú no puedes verlos; tú estás fuera de ese aura de simpatía en que yo estoy sumergido, fuera de esa corriente magnética que se lleva mis miradas y me trae todos sus pensamientos!

Efectivamente. Yo no soy fatuo, ni presumido, y juro que aquellos movimientos, que comprendia con una facilidad inexplicable, me hablaban de deseo de agradar y eran tan cariñosos como palabras de amor.

¡Tachar de locura la mas esquisita percepcion y perfectibilidad de los sentidos! ¿Porqué mis miradas de fuego, que llevaban toda un alma, toda la parte esencialmente sensible del ser, no habian de hacer impresion sobre aquel tejido celular sensible y eléctrico? ¿Porqué cada uno de aquellos poros de cristal no habia de recoger toda la electricidad que llevaban mis miradas? ¿Porqué no habia de ver y sentir tan fácilmente como los ojos y el oido? ¿Y porqué no habian de hablarle tan fácilmente como á mi sus movimientos?

Cuando un sonámbulo anda con los ojos cerrados y evita cuidadosamente todos los obstáculos y tropiezos, y anda por sitios peligrosos sin el menor deslíz, ¿no es porque su potencia visual existe entonces en otros órganos que en los ojos? En el estómago, por ejemplo, como en alguno de los sueños magnéticos, y ¿porqué aquel serafin no habia de ver por su espalda?

— ¡Cierto!!! dijo mi amigo con alguna parte de ironia.

Y proseguí yo: — He oido de un epiléptico que se agitaba en las convulsiones horrosas del mal y gritaba descompasadamente, por mas que los circunstantes y el médico procuraban acallararlo. Y como es frecuente en aquella enfermedad, no comprendia ni daba señales de oír nada de lo que le decian. — Pero en uno de aquellos esfuerzos, y por la oposicion que oponia el médico á sus convulsiones, llegó este á hablarle en ocasion que tenia puesta la mano sobre el estómago del paciente, el que respondió al momento: — Tranquilicese V., señor doctor, que procuraré contenerme.

Varias veces se repitió la misma prueba, y nada oía el enfermo mientras no hubiese algun contacto de parte del que hablaba con su estómago. Lo que prueba indudablemente que este tenia el órgano auditivo en aquella viscera. — Y ahora bien, ¿porqué mis miradas no han de poder desarrollar un órgano visual en los nervios sensibles de las espaldas desnudas de ese hermoso ángel? Puedes burlarte; pero por mi parte no tengo la menor duda de que ahora

me ve y me oye. — De donde concluyo por consecuencia directa é inmediata que el amor, la presuncion ó el deseo de agradar en una muger, es un escitante que puede causar el mismo efecto que una epilepsia ó la mas fuerte columna magnética: es decir, desarrollar nuevos órganos y hacer nacer una existencia nueva y excéntrica de la antigua en todas sus partes principales y accesorias.

— Es verdad, dijo mi amigo distraido y dirigiendo el lente á la parte opuesta.

Pero en tanto seguian aquellos movimientos, aquellas señales inexplicables, indescriptibles, indefinibles, que nos dicen que una muger sabe que la miran tan claramente como si lo dijera con palabras: esto si alguna vez sus palabras confiaran este sentimiento. Nadie sabe en qué consiste, pero todo hombre que ha mirado y admirado á una muger, como no sea muy torpe, conoce, sin saber en qué, si ella lo ha conocido, si la agrada, tan fácilmente como una muger conoce á la primera mirada si ha gustado, y descubre si aquella mirada tiene la mas minima liga de otro sentimiento que el *mirar*: si ha producido sobre la retina otra impresion mas, que la representacion de su imágen; y si de la retina ha pasado al corazon... al alma... al... No importa.

Volvió por dos veces la cabeza y sus ojos se dirigieron constantemente al rincón adonde yo estaba, sumergido en la oscuridad que proyectaba la columna, sumergido en aquel mar de gente. Ciertamente habia algo mas que de casual en aquellas dos miradas, en aquellas miradas cortas, informes, apresuradas, como temerosas: en aquellas miradas de pudor, vergonzosas, pero fijas y tier-nas, que imploraban piedad, compasion, llenas de persuasion, de elocuencia, de convencimiento de su debilidad. Cada una hablaba y me decia una conversacion entera de amor y de abandono de cariño, una de aquellas conversaciones con las manos enlazadas, con la cabeza sobre el hombro, con interrupcion de suspiros, de miradas, de caricias, de besos, de pudor.... yo soy una paloma, un silfo, que vive de aura, de amor, una flor que respira el rocío, un ángel que se mantiene de la bondad de Dios; un soplo, un rayo de luz, una mirada me aja. ¡Piedad y amor!

— ¡Y quién no te adorará! dije yo en un tono que llamó la atencion de los circunstantes.

Pero ya en esto se habia acabado la oracion; cesó el órgano: la muchedumbre empezó á moverse, á levantarse, á agitarse en diferentes sentidos como un mar tempestuoso. Y yo en pié miraba solo á *ella*, veia pasar á la gente á mi alrededor, como esas fantasmas que acompañan á los sueños, distraido, sin ver; solo *ella* me encadenaba, me sentia impulsado hácia *ella* por no sé qué fuerza que me lanzaba, y á la que no podia resistir sin grande esfuerzo. Ella, en fin, era mi punto de atraccion, y no sé si esta sensacion fué comun á ambos; porque por su parte, se dirigia hácia mi directamente.

No pude menos de hacérselo reparar á mi amigo; pero no me entendió, ni pudo, ni era digno de comprenderme. Yo me perdía en mis cálculos y resistía con trabajo á aquella fuerza que me arrastraba. Porque ¿qué iman, qué atracción newtoniana puede compararse á la que sentíamos? Y no me quedaba ya duda que era yo el objeto, el punto á que ella se dirigía, porque sus ojos estaban tan clavados en los míos, y parecía observarme tan fijamente al mismo tiempo que se acercaba, que en medio de toda la dicha que sentía y rebotaba de mi corazón, en medio de afectos tan diversos, no dejaba de turbarme un poco aquella mirada fascinadora á pesar de cierta desvergüenza natural y artificial que debo al trato de gentes. Y no dejaba de embarazarme y perderme en mis cálculos é ideas, la conciliación de aquella mirada fija y decidida, con las primeras tímidas y vergonzosas. No podía conciliar el pudor y timidez que espresaron aquellas, con la seguridad soldadesca de las últimas. Las primeras eran de un siervo y estas de un señor.

No sé si por disimular la turbación que hizo nacer en mí estas contradicciones de pensamientos, intenté sonreirme en el momento que se me acercaba directamente.

Pero ni aun pareció repararlo y me derrotó completamente: siguió con paso firme, sin mover la cabeza, de un modo tan extraordinariamente desvergonzado que echó á pique una gran parte de mis ilusiones, y caminó tan impávidamente, que yo absorto y distraído en aquella multitud de ideas contradictorias, no advertí que se acercaba, y no pudiendo apartarme bastante pronto, llegó y dió un tan fuerte encontronazo conmigo, que me sacó de mi abstracción.

Aquel empujon fué tan fuerte, tan robusto, que no me dejó duda que venía de un cuerpo material, mortal, sin nada de aéreo nifantástico, y para acabar de destruir de un golpe el resto de mi ilusión oí una voz que me dijo: — ¿Porqué no se aparta V., caballero? ¿no sabe que mi pobre hija es ciega?

En el instante sonó á mi derecha una ruidosa carcajada, que dió mi amigo haciendo voltear el lente y enrollando por este movimiento su magnífico cordón alrededor del dedo índice. Y me incomodé agriamente cuando me dijo: — ¿Ves como te habia distinguido entre todos? ¿ves como se dirigian á tí sus miradas? ¿ves como las sentia por cada uno de los poros de sus espaldas?...

— Sí, sí, las sentia, le dije con rabia. ¿Esto mismo no lo prueba? ¿si ella no podia verme, qué otra cosa que esa fuerza ó simpatía magnética, que esa corriente eléctrica que nos unia y nos ponía en contacto pudiera decirle todos mis secretos, decirle que yo la miraba, que me agradaba, y pudiera dirigir sus miradas hacia mí, y sus pasos hacia mi sitio? ¿No es esto un principio en apoyo de mi creencia? ¿No se funda esta misma creencia en el convencimiento que sin poderme ver, me adivinaba y me buscaba?

Y si me hubiera visto podría haber advertido mi deseo de verla y agradecerla, podría por curiosidad, presunción ó amor buscarme y observarme. Pero no hay duda; ciega como es, es otro instinto, nuevamente despierto por alguna de las causas que te he dicho, el único que pudiera advertírselo.

Mucho, mucho más le dije; él se calló y nada tuvo que responder; no sé si él quedaría convencido, creo que sí.

Pero yo, por mi parte, juro que en aquel momento ya no estaba persuadido de lo que decía.

Pregunto ahora, siendo mis razones bastante sensatas, ¿porqué la misma razón que me las dictaba, porqué el mismo principio que apoyaba y daba su valor innegable á mis argumentos estaba fundado en un *su no haberme visto*? ¿Porqué fué este el mismo que los destruyó completamente en el fondo de mi corazón y mi juicio?

¿No hace creer esto que tenemos una percepción íntima de la verdad, y que á pesar de todo el oropel de nuestra imaginación, un órgano desconocido é instintivo nos la revela entre los brillantes sofismas que fabrica nuestra imaginación sin contar con el alma y con la voz divina é innata del corazón?

Y esta misma percepción que yo creo descubrir ahora, ¿no será quizás uno de esos mismos brillantes sofismas, que necesitan un desengaño por inspirarnos dudas?

Todos somos ciegos, esta verdad es indudable.

Y otra verdad también, es que nuestra educación, civilización, ó el abuso de nuestras facultades intelectuales, apaga cierta chispa que recibimos de Dios y nos sumerge en tinieblas, donde vemos luces fosfóricas que brillan engañosamente y solas para nuestros ojos.

EL DIA DE DIFUNTOS.

I.

Noviembre empezaba, la tarde era fría,
Las nubes se alzaban cual negro vapor,
Por entre los pinos el viento gemía
Al lejos silbando con grito de horror.

Las hojas marchitas que arranca la brisa
Ruedan entre polvo con triste gemir,
Y mágicas danzas, fantástica risa
Imitan sus vueltas, su duro crugir.

Por los que murieron la iglesia rogaba,
Al viento se une su triste cantar,
Un tómbulo negro del medio se alzaba,
Un cráneo corona su fúnebre altar.

La puerta del templo rechinando gira,
El preste camina... la fúnebre cruz
Abrazan sus manos... el cántico espira...
La cera á lo lejos esparce su luz;

Y el pueblo le sigue la frente inclinada
Pensando en sus muertos que posan en paz,
De tristes recuerdos el alma llagada,
De fúnebre llanto cubierta la faz.

El sol se ocultaba allá en occidente
Cercado de nubes en medio del mar;
Ya pálida, muerta su luz esplendente
Cual entre cenizas la luz del hogar.

Cuando al cementerio la gente llegara
Y ante los sepulcros reza con dolor;
Y pálida cera confusa brillara
Ardiendo delante cual signo de amor.

II.

Mas yo que en la amarga vida	Y sin nadie que rezara,
Con un viento de borrascas	Una dolorosa pena
Navego solo agitado	Sentí dentro de mi alma
Por tempestades y calmas;	Por las pobres sepulturas
En el triste cementerio	Tan duramente olvidadas.
Distraído paseaba,	Una entre todas, cubierta
Cual camina un extranjero	De blanco mármol se alzaba;
Perdido en tierra lejana.	Nueva, sus letras de oro
Porque solo, abandonado	Traidoramente brillaban.
Como en isla solitaria,	« Memoria eterna, » decia,
Ni un lazo solo me unia	« De una esposa desgraciada, »
Con los que me rodeaban.	Y la yerba la cubria,
No tenia un solo amigo	Y ni una flor la adornaba.
Que al paso me saludara,	Un terrible pensamiento
Y de tantas sepulturas	Que el mismo infierno abortara,
Ninguna me interesaba.	Nació dentro de mi pecho,
Y al ver algunas desiertas,	Y aun le destroza y desgarras.
De alta yerba rodeadas,	Si fuese cierto, me dije,
Sin luz amiga encendida	Que allí los muertos pensarán !...

III.

Si fuese cierto que en la tumba fria
Convulsivos los muertos se agitasen,
Y en continuos esfuerzos noche y dia,
Noches y dias de furor pasasen !...

Tal vez alguno con sus secos brazos
La losa empuja que resiste quieta,
Y pugna triste por romper los lazos
Que á su lecho de muerte le sujeta.

IV.

Quizás en amargo llanto
Pasa la noche serena,
Quizás recuerda con pena
Su pasada humanidad !
No encuentra, triste quebranto!
El olvido que buscaba,
Aquel *no ser* que esperaba
Por toda una eternidad !

Quizás horrible desvelo
En su lecho le atormenta
Y aburrido cuenta y cuenta
Largas horas de dolor;
Filtra del húmedo suelo
Ancha gota de rocío,
Y tiembla el triste de frio
Sin poder buscar calor.

Solo, inmóvil, acostado
Llora por un compañero:
¡Cuánto el sudario ligero
Es pesado para él!
Si un soplo aunque fuese helado
Algun pliegue levantara,
Si sus formas variara,
No seria tan cruel!

¡Y qué fuera si la muerte
Abrigase allá en su seno
Todo el acerbo veneno
De algun gusano roedor!

Maldita, maldita suerte !...
La memoria descarnada
De alguna vida enlazada
A nuestra vida de amor!

Pues sin duda habrán tenido,
Aunque del mundo olvidados,
Seres tiernos, adorados,
Con quien sus almas mezclar.

Si ven tan ingrato olvido
Desde su tumba apartada,
Nunca de llanto regada,
Ay! cuánto deben llorar !

Conocer, ay! que pasaron
Como el surco de la quilla
Que deja pobre barquilla
Sobre la espuma del mar!

Conocer que le olvidaron,
Que brilló solo un momento;
Sufrir tan duro tormento,
Y no poderse quejar !

Oye por solo ruido,
En medio de su quebranto,
Del ave nocturna el canto
De tan siniestro gemir.

Oye tan solo el silbido
Del ciprés que el viento inclina,
Y la hoja que rechina
Con triste duro crujir.

¡Si al menos, cuando la luna
Sobre las tumbas riela,
Y de incierto vapor vela
La fúnebre blanca cruz :

Pudiera sin pena alguna
Dejar la asquerosa huesa
Y pisar la yerba espesa
Para bañarse en su luz !

¡Si pudiera, cuando todos
Duermen con sueño profundo,
Volver solitario al mundo
Donde la vida gozó !

¡Apoyar los secos codos
En la mesa carcomida
Del cuarto donde su vida
Por tanto tiempo pasó !

¡Abrir el libro empolvado
Que tanto le entretenía,
El cajón donde tenía
Mil objetos que mirar;
Llegar trémulo y helado,
Avivar el muerto fuego,
Sentarse cómodo luego,
Y calentarse al hogar!

Mas ni este triste consuelo
Viene á interrumpir su pena,
Solo del gusano suena
El tardo duro roer;
De un insecto el ronco vuelo
En la hueca tumba helada,
O de la lluvia pesada
El compasado caer.

¡Y el gran frío, con paciencia
Sufrir triste y solitario,
Sin mas pliegues que un sudario
Para sus huesos cubrir!
¡Sin calor, á la inclemencia
Sufrir tan crudo delirio,
Noche eterna de martirio,
Y tenerlo que sufrir!

Y si, (¡cruel pensamiento!)
Los muertos también amáran,
Si memoria conserváran,
Fuesen celosos allí!...
Amante que tal tormento
Recuerdas triste y medroso,
De ese cadáver celoso
¿Comprendes el frenesí?

¡Estar quieto, mientras ella,
La mujer que se adoraba,
Por quien el alma se daba,
De tu nombre se olvidó!
¡Verla amante, siempre bella,
De amor roja en otros brazos,
Y repetir los abrazos
Que en otro tiempo te dió!

¡Escuchar sobre otro pecho
Alguna palabra amada,

Que en el tuyo reclinada
Solo pudiera decir:
Y desde tu oscuro lecho
Mirar con rabia impotente
Que besan su labio ardiente,
Y no poderlo impedir!

Y no poder una noche,
Cuando lejos silba el viento,
Escondirse en su aposento
Mientras al baile se fué;
Y cuando baje del coche
Entre risueña y cansada,
Y desate descuidada
Los lazos de su corsé:

Cuando sola ante el espejo
Tire las gasas y flores,
Y en las palabras de amores
Piense que acaba de oír,
Del cristal en el reflejo
Mostrarse en rayo luciente,
Esqueleto trasparente
Con sardónico reír!...

Y con largo beso, frío
Devorar convulsamente
Su seno duro y ardiente
Y sus labios de coral;
Apretar con rabia y brio
Su blanda mano de rosa
Con mano dura, huesosa,
Que apretó la desleal!

Y después con ronco acento
Del pecho hueco y profundo,
Suspiro de moribundo
Poderle decir así:
«¡Qué se ha hecho el juramento
Que antes de morir me hiciste,
Cuando falsa prometiste
Que vendrías tras de mí!

» Muy pronto lo has olvidado,
Mientras yo solo gemía
Y allá en esa tumba fría
Te aguardaba con amor:

» Vengo de esperar cansado
A reclamar tu promesa;
Lecho común es la huesa,
Ven, alivia mi dolor.»

V.

¡En lo profundo del pecho,
Como dolorosa herida,
Este extraño pensamiento
Cual cáncer me martiriza,
Y corroe uno á uno
Los resortes de mi vida,
Se hunden mis cansados ojos
Y se ahuecan mis mejillas!
Pues nada mas horroroso

Ni mas terrible sería,
Que velar en el sepulcro
En una noche continua.
No fuera entonces la muerte
Una solitaria orilla
En medio de la tormenta
De los mares de la vida.
El hombre contra el destino
Ningun asilo tendría,
Ni aun las sombras del sepulcro
Seguro puerto serían.
No pudiera consolarle,
Cuando la tormenta silba,
La esperanza de la calma
Que sigue al fin de los días.

UNA ESTRELLA MISTERIOSA.

Suele el cielo oscurecido
En noche tempestuosa
Brillar con solo una estrella
Que reluce entre las sombras:
Así en medio de la vida
Entre penas y zozobras
Los placeres de un momento
De eternos rayos la adornan,
Y esparcen su hermoso brillo
Sobre días de congoja
Del resto de nuestros años,
Como estrella misteriosa.

Era la vida un vacío
Para mi mente ardorosa,
No me enternecía el arrullo
De la inocente paloma;
Ni el perfume de las flores,
Ni el son del arpa armoniosa
Hablaba á mi amante pecho
Que solo en tu amor se goza.
Mas te conocí, María,
Y mi mente oscura y sola
Fué alumbrada por tus ojos
Cual estrella misteriosa.

Tú recorriste aquel velo
En que envuelta, triste, sola,

Yacía dormida, infelice!
Entre las mas densas sombras.
Tú me enseñaste en un día
A cantar tu faz hermosa,
Y encontré en el amor mio
Mil y mil dichas y glorias;
Tú fuiste en mi oscura vida
Una inesperada aurora,
De dichas y de venturás
Una estrella misteriosa.

Largos años de disgusto,
De pesares y congoja
Vendrán, y se irán los días
Que tu amor cubrió de rosas.
Se apagarán los acentos
De esta mi lira amorosa,
Y bañará mis mejillas
El llanto en tan largas horas.
Mas de tus gracias pasadas...
De otros tiempos la memoria,
Brillarán sobre mi vida
Como estrella misteriosa.

Cuando mi viaje se acabe,
Y mi nombre y la memoria
De mi canto se sumerjan
Del vago tiempo en las olas;

Cuando el arpa compañera
De mis penas y mi gloria
Descanse cual yo olvidada
En mi tumba silenciosa,

Plegue á Dios que de tus ojos
Una lágrima tan sola,
Brille sobre mi sepulcro
Cual estrella misteriosa.

EL PEREGRINO.

Era una noche de invierno,
Del invierno crudo y frío,
Oscura, sin una estrella,
Y de nieve y de ventisco;
Era mas de media noche,
Y la puerta de un castillo
Resonaba al duro golpe
Del fuerte aldabon macizo:
Mucho aqueja al castellano
La visita y el ruido,
Que allá estaba junto al fuego
Bebiendo con sus amigos.
« Soy un pobre, » el que llamaba
Con voz apagada dijo,
« Soy un pobre estraviado
Que no conoce el camino. »
Y gritóle el castellano:
« Vaya á otra parte el mendigo. »
— « Estoy solo y sin defensa,
Soy un pobre peregrino,
Y vengo de Tierra Santa
Muy cansado y busco asilo. »
— « Busque albergue en otra parte,
Que no se da en este sitio. »
— « Yo pagaré en oraciones
Por el Señor compasivo,
Daré del santo sepulcro
Un relicario bendito. »
— « Pase, le digo, adelante, »
Gritó el castellano altivo.
— « Señor, por piedad! » de nuevo
Dijo el pobre peregrino,
« Soy ya muy viejo, sin fuerzas,
Desnudo y muero de frío; »
Mas nada de esto apiadara
Al dueño de aquel castillo,
Que tenia el corazón

Cual mármol endurecido.
Antes bien se puso en pié
Y gritóle enfurecido:
— « Parta el pobre en hora mala,
No me canse con sus gritos,
No despierte mis sabuesos
Ni mis halcones dormidos. »
Y tornó de nuevo al fuego
Y á beber con sus amigos.
« A Dios, señor, » le responde
El pobre con un suspiro,
« Si llamais á puerta agena,
Dios os dé mejor destino. »
Larga y negra fué la noche
De vendaval y granizo:
Muy mucho sonaba el aire
Con triste horrendo silbido.
Poco durmió el castellano,
Porque su sueño indeciso
Fué turbado muchas veces
Por la memoria de un grito,
Por aquel ay! doloroso
Que lanzara el despedido. —
Desde entonces cada noche
Ha vuelto á escuchar lo mismo;
Que á la mañana siguiente,
Cuando de perros seguido,
Con el azor sobre el puño,
Sobre un caballo de brio,
Buscaba tímida garza
Por las orillas del rio,
Olvidado del dia antes
Y en la caza divertido;
Halló sobre el duro suelo,
En nieve casi sumido,
Amorato y sin vida,
Al infeliz peregrino.

BERMUDEZ DE CASTRO

(DON SALVADOR).

Nació en Cádiz en 6 de agosto de 1817. Hizo sus estudios en la Universidad de Sevilla hasta graduarse de licenciado y de doctor en leyes. En el dia es uno de los redactores de la *Revista de Madrid*, interesantísima publicación que nos ha suministrado algunos materiales para esta obra.

DELEITES.

Abandonadme ya, tristes ensueños
Que pesais sobre el pecho estremecido!
Desde que vino el alba os he sentido
Mis palpitantes sienas golpear;
Y aun escucho en mi cerebro abrasado
Zumbar los ecos de letal tristeza,
Ora que el sol reclina su cabeza
En las ondas de púrpura del mar.

En vano con la plácida esperanza
De adormir las serpientes de mis penas,
Hice correr el opio por mis venas
Para templar su devorante ardor.
Continua agitacion, no blanda calma,
Vino á atizar la hoguera del martirio;
Sus espantosos sueños, su delirio
Doblaron con angustias mi dolor.

Tú, á quien no puedo resistir, concede
Breve descanso al ánima doliente;
Déjame ver al sol en occidente
Recoger sus destellos y morir.
Siempre bañó mi corazón llagado
Con bálsamo dulcísimo esa hora:
Si ha de llegar la muerte con la aurora,
La miraré con júbilo venir.

Deja volver mi vista á lo que ha sido,
Y sobre un alma de cansancio llena,